



OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Revista

OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe · IEALC

ISSN 1853-2713

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/observatoriolatinoamericano/>

Volumen 6 · Número 2 (julio-diciembre, 2022)

El debate de *LENGUAjes*. con el “populismo”: ciencia, cultura y política en la primera mitad de los años setenta

Luciano Barreras

RECIBIDO: 18 de agosto de 2022

APROBADO: 28 de de noviembre de 2022

El debate de *LENGUAjes*. con el “populismo”: ciencia, cultura y política en la primera mitad de los años setenta

Luciano Barreras
UBA — UNOS
barrerasluciano@gmail.com

Resumen

La revista *LENGUAjes*. (1974-1980) conforma una importante intervención en el campo de las ciencias sociales, afectadas en la Argentina por la intervención de las universidades. Proponemos en este artículo una descripción general de la publicación, así como una reconstrucción de una de las polémicas centrales que sostiene con el “populismo” (las cátedras nacionales en particular, aunque no exclusivamente). En estos debates se despliegan un conjunto de tópicos característicos de los sesenta: el “papel del intelectual” y, en este caso particular, la relación entre la producción científica y la política revolucionaria. *LENGUAjes*. proporcionará respuestas distintivas a estos interrogantes de época.

Palabras clave: *LENGUAjes* – *estructuralismo* – *populismo* – *ciencias sociales*

Abstract

LENGUAjes. magazine (1974-1980) represents an important operation in the field of social sciences, affected in Argentina by the intervention of universities. We propose in this article a general description of the publication, as well as a reconstruction of one of the central controversies that *LENGUAjes*. holds with "populism" (the cátedras nacionales in particular, although not exclusively). In these debates, a set of typical topics from the 1960s unfold: the "role of the intellectual" and, in this particular case, the relationship between scientific production and revolutionary politics. *LENGUAjes* will provide distinctive answers to these questions.

Keywords: *LENGUAjes* – *structuralismo* – *populism* – *social sciences*

Una revista institucional

Órgano de la Asociación Argentina de Semiótica (AAS), la revista *LENGUAjes*., puede pensarse en continuidad con algunas de las líneas de investigación desarrolladas en el Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA antes de la intervención de 1966. Luego de la intemperie producida por la “Noche de los bastones largos”¹, la creación de la AAS en 1970 otorga un paraguas institucional al grupo comandado por Eliseo Verón², que rápidamente comienza a establecer una red que incluye asociaciones de otros países europeos y latinoamericanos, así como un conjunto

¹Sobre esto se puede ver, entre otros, Terán (2013 [1991]), Sigal (2002 [1991]), Suasnábar (2004) así como algunos de los trabajos reunidos en el volumen colectivo *Cultura y política en los años '60* (1998).

²1935-2014. Graduado de Filosofía, viaja con una beca externa de CONICET a Francia, donde asiste a los cursos de Lévi-Strauss, acontecimiento que marca su carrera intelectual. A su regreso funda la revista *Cuestiones de Filosofía* (1962), de breve vida y gran impacto. En esa primera mitad de los '60 ingresa como Profesor Adjunto al Departamento de Sociología e incluye en sus programas de Sociología Sistemática (que dictaba junto con Miguel Murmis) algunos títulos de autores estructuralistas. Es cesanteado luego de la intervención y sostiene a su grupo de investigación sin demasiado encuadre institucional hasta la creación de la Asociación Argentina de Semiótica en 1970.

internacional de colaboradores. La Asociación (segunda en su tipo en el mundo, desde la creación en 1969 de la Asociación Internacional de Semiótica) muestra desde el comienzo un gran dinamismo: organiza a fines de 1970 el Primer Simposio Argentino de Semiología y hacia 1973 dispone la visita de Christian Metz, reconocido semiólogo del cine y una de las figuras del estructuralismo en auge por entonces. La edición, a partir de abril de 1974, de su publicación institucional (*LENGUAjes.*) conforma un hito fundacional en la historia de la disciplina en nuestro país.

Los cuatro números que componen *LENGUAjes.* poseen formato libro y, hasta el número 3 están a cargo de Nueva Visión, mientras que el último es editado por Tierra Baldía. Los dos primeros (en los que nos centraremos en este artículo) constan de unas 160 páginas aproximadamente y están compuestos de una nota de presentación —que oficia de editorial— seguida de un conjunto de artículos de corte académico, cuyo número ronda los cinco por emisión. A continuación encontramos una sección específica para los debates, denominada “Polémica” o “Balance y polémica” y al final hallamos tres espacios: “Informaciones”, en el que se difunden datos sobre la Asociación y sus actividades; “Documentos” en donde se publican documentos de valor institucional, y “Bibliografía sistemática de lingüística, semiología y comunicaciones” en la que encontramos, tal como promete el título, una listado muy extenso (240 referencias en el número 1) y sistemáticamente organizado de títulos vinculados con las disciplinas mencionadas. El comité editorial está compuesto de modo inalterable por Eliseo Verón (quien comanda el grupo desde el comienzo y es el presidente de la Asociación), Juan Carlos Indart³, Oscar Steimberg⁴ y Oscar Traversa⁵.

La revista forma parte de una iniciativa que busca impactar en el campo de las ciencias sociales, afectadas en la Argentina por la intervención de las universidades, como representante de un grupo de disciplinas (además de la semiótica, la lingüística y los estudios de comunicación) informadas o transformadas por la por entonces novedosa biblioteca estructuralista. Pese a encontrarse en una situación de marasmo institucional, esta empresa intelectual logra inscribirse en el circuito internacional de la semiótica, como lo atestiguan las visitas que reciben, los colaboradores que publican en la revista, así como

³ 1943. Graduado de Sociología, se vincula tempranamente con Verón, con quien participa de actividades de investigación y docencia y conoce la biblioteca estructuralista. En la actualidad es un destacado psicoanalista de orientación lacaniana, ha publicado numerosos libros ubicables en ese campo.

⁴ Nacido en 1936, es autor de diversos textos semiológicos como *La historieta en el mundo moderno* (1970, en colaboración con Masotta), *Leyendo historietas. Estilos y sentidos de un arte menor* (1977), *La recepción del género: Una investigación sobre juicios de calidad acerca de los medios* (1988), *Semiótica de los medios masivos: el pasaje a los medios de los géneros populares* (1993), *Semióticas. Las semióticas de los géneros, de los estilos, de la transposición* (2013).

⁵ 1940-2020. El cine, la prensa y la producción mediática han sido intereses centrales en su vida intelectual. Publicó, entre otros, *Cine: el significativo negado* (1984), *Cuerpos de papel* (1997) e *Inflexiones del discurso* (2014). También — junto a Oscar Steimberg— *Estilo de época y comunicación mediática* (1997).

también la entrevista a una personalidad como Julia Kristeva. En el N° 1, por ejemplo, además de las firmas del grupo fundador y su entorno (Verón, Steimberg, Indart, Wajzman) encontramos la rúbrica de Gabriel Cohn, sociólogo brasileiro que autoriza la publicación de un capítulo de su libro, *Sociologia da Comunicação*, en el que propone un repaso histórico por el tratamiento de la ideología desde Mannheim hasta Althusser, pasando por Parsons, entre muchos otros. Las dos referencias a Eliseo Verón presentes en este capítulo son una muestra de las alianzas internacionales que tanto la revista como la Asociación lograban. En efecto, en el segundo número encontramos las firmas de Christian Metz (uno de los fundadores de la semiología del cine, quien además, como ya adelantamos, visita el país a fines de 1973 y dicta un curso en la Asociación), Jean-Louis Baudry y Noël Burch (semiólogos provenientes del campo francófono, dedicados también al estudio del lenguaje cinematográfico) además de un reportaje a Julia Kristeva, referencia internacional en el campo de la semiótica (de hecho, era miembro del Comité Directivo de la Asociación Internacional de Semiótica, junto con Emile Benveniste, en representación de Francia). Esta inserción internacional es refrendada en otras partes de la revista: en la página final, por ejemplo, encabezada por la referencia a la Asociación (aparece su dirección, así como los nombres del Comité Ejecutivo) y en donde también se menciona su pertenencia a la Asociación Internacional de Semiótica (en cuyo Comité Directivo Verón figura como representante argentino).

La “Presentación” de LENGUAjes.: ciencia, cultura y política

El texto inaugural de *LENGUAjes.* es de gran importancia para reconstruir el proyecto de la revista. En él se percibe la sedimentación y maduración de tópicos centrales de la década del sesenta, *i.e.*: el “papel del intelectual” y el de las ciencias sociales frente a los procesos históricos, así como la pregunta en torno al significado de producir conocimiento en el Tercer Mundo. ¿Qué encontramos en la “Presentación” de la publicación de la revista de la Asociación Argentina de Semiótica? En primer lugar, una defensa de la actividad específica del cientista social. Vinculado con esto, en segundo lugar, se elabora una presentación de la semiótica y la lingüística como disciplinas científicas que pueden colaborar en los combates políticos a partir de una descripción y explicación del funcionamiento de la producción social de la significación. Dicho de otro modo: en tanto la semiótica y la lingüística pueden describir y explicar la producción social del sentido, podrían por lo tanto colaborar en la tarea de orientar la acción política en el campo de la cultura.

Desde los primeros párrafos de la “Presentación” (firmada por el comité directivo) con la que se abre el N° 1 de la revista, encontramos desarrollados argumentos de este tenor. En

principio, los animadores de *LENGUAjes.* proponen partir de una separación: por un lado se encuentran las contradicciones que caracterizan la situación de dependencia cultural, determinada en última instancia por la estructura de dominación imperialista en América Latina; por otro lado, el conjunto de contradicciones que definen la situación de los intelectuales y sus relaciones con los procesos de la movilización popular y de la lucha política por la liberación. Es decir, por un lado, la situación dependiente de la cultura en los países latinoamericanos (recordemos que sus intervenciones intentan pensar este campo, el de la cultura); y, por otra parte, la situación —compleja y plagada de contradicciones— de los intelectuales en su vínculo con la política y la historia. Respecto de esta segunda parte del problema, aclaran rápidamente que las contradicciones con las que se topan los intelectuales no pueden ser enfrentadas “en general”, es decir, a partir de enunciados vagos que remitan a las buenas intenciones políticas de quienes los emiten, sino que “es necesario reservarles un campo específico de operación, y ese campo debe ser trabajado de una manera específica”. Tal especificidad viene definida por “la expresión lenguajes sociales. Nuestro campo de trabajo será pues el de la producción social de la significación, ese campo que la ideología burguesa llama ‘la cultura’” (*LENGUAjes.*, N° 1, 1974: 8). Es decir, frente al conjunto de contradicciones que enfrentan los intelectuales (y que son propiciadas por los procesos revolucionarios en ciernes), lo que deben hacer en primer lugar es construirse un objeto, así como un campo de investigación, en este caso conformado por los lenguajes sociales y la producción social de la significación. El primer gesto de *LENGUAjes.* consiste entonces en definir la situación de sus animadores en tanto intelectuales en vinculación con la construcción de un objeto de estudio y de un campo de investigación. Dicho de otro modo: atan su definición en tanto intelectuales a la operación de construcción de un campo disciplinar (el de la semiótica y la lingüística). Y se definen, por lo tanto, como científicos sociales.

Ahora bien, una vez que se delimita un objeto (los lenguajes sociales) y un campo (la producción social de la significación), se hace necesario inscribir este esfuerzo disciplinar al interior de la producción cultural “legítima”, que en este contexto significa “de izquierda”. En este sentido se entiende la pregunta formulada en el texto: ¿bajo qué “modalidad” van a encarar su tarea estos científicos? Dicho de otra manera: ¿cómo se va a articular en el proyecto de la revista el vínculo entre ciencia y política? La respuesta que ensayan subraya a la vez la “necesidad de la inserción en la estrategia de las luchas populares contra la explotación interna y externa, y la necesidad de la producción de teoría, de conocimiento” (*LENGUAjes.*, N° 1, 1974: 8). Se trata entonces de un doble movimiento: inscribirse en las luchas populares, pero sin dejar de lado la tarea de producción de conocimiento. Ambas son prioritarias, sostienen: si se soslaya lo primero aparece la marginación de las luchas políticas, la orientación hacia los centros

internacionales, etc. —que es justamente lo que caracterizaría en buena medida al “cientificismo”, esto es, a las ciencias sociales tal como se ejercieron en la universidad posperonista hasta 1966. Por otro lado, si se desconoce lo segundo aparecen dos (malos) caminos: la mistificación intelectual y el oportunismo político, atributos asignados al “populismo” teórico (que en este texto refiere principalmente a las Cátedras Nacionales⁶). En este sentido, el texto puede leerse como un esfuerzo por delimitar un espacio intelectual legítimo para la práctica de las disciplinas en cuestión. En efecto, si la universidad estaba por entonces copada por “oportunistas” que disolvían imaginariamente la práctica científica en la política, se hacía por lo tanto necesario diferenciar su propia producción y práctica teórica de la de los “populistas”.

Pero además de construir un espacio disciplinar específico y ubicarlo en el campo de la izquierda, a los animadores de *LENGUAjes*. les interesa subrayar la importancia estratégica asignada al campo de estudios delimitado: la producción social de la significación, que se inscribe en el funcionamiento social “material”. Es decir, la significación aparece como producto del trabajo social, es resultado de una práctica que opera dentro de la sociedad (del mismo modo en que el trabajo social produce bienes en el plano económico e instituciones en el plano político). Justamente, el campo de estudios en el que se inscribe *LENGUAjes*. es el que reflexiona sobre los particulares vínculos entre los fenómenos “culturales” y otros niveles de la sociedad (en particular los procesos de cambio a nivel político y económico). De aquí se deduce su enorme importancia al interior de las luchas que por entonces se llevan a cabo, importancia que era percibida por entonces por buena parte de la cultura de izquierda, que ensayaba diversas respuestas a propósito de esto. En efecto, los “reduccionismos” que en este texto se enumeran conforman un repaso por estas respuestas, todas mal encaminadas, según *LENGUAjes*. En primer lugar, el reduccionismo “contenidista” (asociado a las posiciones “populistas” en torno a la cultura) que intenta subsanar la dependencia cultural a partir de la sustitución de contenidos “malos” por contenidos “buenos”. Se trata de una propuesta que encuentra rápidamente sus límites: ¿qué hacer frente a los contenidos complejos, ambiguos, cuyo valor político

⁶ Las cátedras nacionales representan el principal experimento en el campo de las ciencias sociales luego de la intervención de las universidades. En efecto, ocuparon los espacios disponibles al interior de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (en especial en la carrera de Sociología) luego de los acontecimientos de 1966. Sus primeros impulsores fueron el cura tercermundista Justino O’Farrell y el historiador revisionista Gonzalo Cárdenas, ambos provenientes de la Universidad Católica Argentina. La descripción de la experiencia de las Cátedras Nacionales como un encuentro entre peronismo, marxismo y catolicismo parece ser refrendada incluso por alguien lejano a ellas, como Torcuato Di Tella: contrariamente a las expectativas de las autoridades, una vez que O’Farrell asume como interventor, “se produjo en él y en un grupo de colaboradores una radicalización hacia el nacionalismo, el peronismo y en muchos casos hacia una simbiosis con el marxismo” (1980). En efecto, un rápido repaso por sus programas muestra una biblioteca que incluye desde la teoría de la dependencia de los brasileños Cardoso, Faletto y Theotonio dos Santos, hasta el nacionalismo antiilustrado de Jauretche, pasando por el revolucionario anticolonialista Frantz Fanon, historiadores revisionistas argentinos (Scalabrini Ortiz, José María Rosa), peronistas de izquierda como John William Cooke y los representantes de la llamada “izquierda nacional” (Abelardo Ramos, Hernández Arregui, Puiggrós); así como también títulos clásicos de Marx, Engels, Mao y Lenin, a los que se agregan textos del Che Guevara y Juan Domingo Perón. *Antropología Tercer Mundo*, junto con *Envido*, representan a las dos publicaciones más importantes de las Cátedras Nacionales.

no es tan claro?; ¿hay que cambiar los contenidos de la telenovela o la telenovela misma?; ¿qué hacer con los contenidos de innegable “valor humano”? *LENGUAjes.* sostiene que, en el fondo, lo que carcome al contenidismo es una concepción de la cultura como consumo: alimentos venenosos, alimentos nutritivos: “El contenidismo no puede profundizar su acción ni acceder al terreno determinante del proceso productivo de las significaciones sociales, sin hacer estallar las condiciones en las que se inscribe”, concluyen (*LENGUAjes.*, N° 1: 10). Otro de los reduccionismos enumerados a propósito de la cultura y los *massmedia* es el “tecnologicismo” (asociado en este caso a posiciones marxistas de corte mecanicista): aquí el problema vendría dado por la dependencia en torno a la tecnología para producir contenidos (e incluso sus formas sociales de uso). La respuesta a esta situación es otro reduccionismo: el “economicismo”, según el cual las discusiones en el plano de la política cultural deben posponerse hasta la nacionalización de los medios de producción. Al llegar a este punto

se ha cerrado el círculo: se sabe que esa nacionalización (económica) no basta para revolucionar los contenidos de una cultura, y por lo tanto hay que formular alguna proposición en este nivel. Para ello está el contenidismo. Y así siguiendo (*LENGUAjes.*, N° 1: 12).

Nos extendimos un poco con esta enumeración en tanto por entonces estaba muy claro que la cultura era un espacio de disputas importante para los procesos políticos en marcha. Pero sobre todo era importante para muchos intelectuales y científicos sociales que buscaban una legitimación política para los nuevos saberes, de los que eran portadores. Como ha señalado Claudia Gilman

La figura del intelectual como crítico encontró formas de sobrevivencia al hallar un objeto disciplinario –*la industria cultural*– al cual aplicar un bagaje teórico de análisis, tal como lo demuestra la cantidad de trabajos que se consagraron a analizarla. La industria cultural fue así leída en clave de teoría de la dependencia (Gilman, 2003: 365)

Pero a diferencia de la tendencia general de este movimiento, que encontraba correspondencias fuertes entre la estructura económica y las manifestaciones culturales (con la consecuente negación de la autonomía específica del plano de la cultura), en las conclusiones de la “Presentación” del N° 1 de *LENGUAjes.* hallamos una postura que no se inscribe en esta estela. Por el contrario, se trata de un planteo que procede por etapas y que intenta en última instancia ofrecer una teoría del modo de producción de las significaciones que se combine con una estrategia socialista en el campo de la cultura:

En primer lugar, no se trata de reemplazar los procesos político-culturales reales por una actitud teorizante. Se trata de poder comprenderlos como pasos tácticos (...) En segundo lugar, hay que señalar que precisamente no existe una estrategia específica vinculada a la llamada comunicación de masas, tal vez ni siquiera con respecto a la “cultura” en general. (...) Una estrategia precisa deberá formar parte de la estrategia política general socialista, bajo las condiciones particulares en que se desenvuelven los países dependientes. En tercer lugar, resulta de capital importancia advertir que esa estrategia específica deberá producir un desarrollo teórico particular. Tal desarrollo

teórico no es una condición suficiente para constituir la estrategia, pero es una condición necesaria. *No hay estrategia política socialista sin una teoría del modo de producción capitalista en su instancia económica. No la habrá en el área de la cultura sin una teoría del modo de producción de las significaciones.*” (LENGUAjes., N°1, 1974: 12-13, cursivas nuestras).

De este modo, la revista sugiere que la semiología estructuralista podría realizar una tarea de descripción y explicación similar a la que cumple *El Capital* a la hora de describir y explicar el funcionamiento de la economía capitalista, sólo que en este caso en el plano de la producción social *de la significación*. Se trata, claramente, de un proyecto filiable con la “teoría de las superestructuras” de la que habla Lévi Strauss (1962). En el período actual, sin embargo, nos encontramos en una etapa preliminar en la que se debe dar primacía al trabajo con objetos concretos a partir de una metodología científica cuyas herramientas ya están desarrolladas, sostienen los editores de la revista. En efecto, los artículos de la publicación presentan análisis particulares de objetos de la cultura masiva. En esos análisis se desarrollan algunas de las polémicas más importantes, que tienen como uno de sus ejes la defensa de la práctica científica específica.

La polémica con los “populistas”

Uno de los interlocutores polémicos principales de la revista es el “populismo”, al que se refieren desde las páginas iniciales de la revista. En efecto, en la nota editorial del N° 1, a propósito del papel político de las ciencias sociales y de los científicos sociales, hablan de “oportunismo político” para caracterizar las actividades de las Cátedras Nacionales al interior de la Facultad de Filosofía y Letras. En esta línea, en sus dos primeros números *LENGUAjes*. discutirá con algunas caracterizaciones surgidas de la izquierda peronista, más precisamente, con un artículo de Amelia Podetti⁷ publicado en *Antropología 3er Mundo*, revista vinculada con las Cátedras Nacionales. “La antropología estructural de Lévi-Strauss y el Tercer Mundo” es el nombre del texto en el que Podetti caracteriza la concepción general de la historia y la política de Lévi-Strauss (y por extensión, del estructuralismo) como un decadentismo que conducía a un quietismo político, incompatible con el actual momento revolucionario que atravesaban las sociedades latinoamericanas. Por otro lado, en el número 2, *LENGUAjes*. debatirá con un ensayo de Solanas y Getino, *Cine, cultura y descolonización*, en el que se hacen una serie de

⁷ Nacida en San Luis en 1928, fallece prematuramente en 1979 en la ciudad de Buenos Aires. Al momento de su muerte se encontraba trabajando en su libro *La irrupción de América en la historia* y en su tesis doctoral sobre la *Crítica de la Razón Pura* de Kant dirigida por Eugenio Pucciarelli. En 1958 egresó con una tesis sobre Husserl como Licenciada en Filosofía en la Universidad de Buenos Aires y en 1960 lo hizo en Bibliotecología. En los años 1962 y 1963 fue becada para cursar en el exterior, en la Universidad de París y en el Institut Catholique. Desde 1963 comenzó una fecunda carrera en la docencia universitaria. Se destacó también como traductora de varios textos de Husserl, así como la *Introducción a la Fenomenología del Espíritu* de Hegel. Denaday sintetiza los ejes de sus intervenciones del siguiente modo: “Por la negativa es anti-cientificista, anti-positivista y anti-marxista, y por la positiva es filosófico-holístico, tercermundista, peronista, hispano-americana y cristiana” (2013).

afirmaciones en torno a la imagen cinematográfica, la lógica de producción del cine y su impacto político y cultural.

Eliseo Verón responde a la primera de estas acusaciones (la de Podetti) en un artículo publicado en el N° 1 de *LENGUAjes*. en el que repasa la historia del estructuralismo en Argentina y Chile, titulado “Acerca de la producción social del conocimiento: el ‘estructuralismo’ y la semiología en Argentina y Chile”. Se trata de un texto tramado en clave dependentista, en el que Verón intenta problematizar las condiciones de producción del conocimiento en el Tercer Mundo, así como también, particularmente, plantear el modo en que podría lograrse una producción de conocimientos independiente de los países centrales. En este contexto, presenta un criterio de selección a propósito de qué puede considerarse (y qué no) un trabajo científico inscripto en la estela del estructuralismo: se trata, sostiene, “de aquellos desarrollos en los que existe algún tipo de *apropiación práctica* de determinados elementos de orientaciones o campos de trabajo cuyo origen es, evidentemente, externo” (Verón, 1974b: 113). Aclara que por “apropiación práctica” entiende aquel esfuerzo de aplicación de ciertos conceptos al análisis de un objeto empírico o bien de un problema teórico específico. Es decir, se refiere al esfuerzo de producción de conocimientos propio de una praxis científica: “en el trascurso de este esfuerzo los conceptos necesariamente se alteran, se transforman, se corrigen” (Verón, 1974b: 113). Esta apropiación se vincula además con lo que Verón denomina *control* de los distintos aspectos del proceso de producción del conocimiento (crucial a los efectos de una producción de conocimiento que rompa con la estructura de dependencia cultural). Ahora bien, es este control lo que resulta extremadamente difícil en países como la Argentina, en donde las estructuras institucionales tienden a imponer la marginalidad y la discontinuidad del proceso de producción de conocimientos. En estas condiciones, se tiende a favorecer o bien la producción de un discurso puramente ideológico (es decir, dissociado de toda práctica de producción de conocimientos), o bien el modelo que primó en la universidad desde el final de los cincuenta hasta la primera parte de los sesenta por influencia de las ciencias sociales norteamericanas: la aplicación a la recolección de datos de conceptos enteramente elaborados en el exterior (situación que Verón califica de “dependencia llana y simple”).

De este modo, Verón proporciona una explicación a la situación de dependencia en el campo de las ciencias sociales argentinas, que reposa en la carencia de control sobre los distintos aspectos de la producción del conocimiento (la financiación, la “agenda” de problemas, la debilidad institucional, etc.). Ahora bien, la respuesta ensayada supone presentar dos formas dependientes de producción discursiva, que se presentan a sí mismas –falsamente– como conocimiento: por un lado, el modelo dependiente que primó con la “reconstrucción” universitaria; por el otro el discurso “puramente

ideológico”, disociado de la práctica de producción de conocimiento. ¿A qué se refiere con esto último?: a la “moda” del estructuralismo, es decir, a discursos que emplean ciertos términos y copian estilos “de moda” (y que ya en 1974, agrega, empiezan a reemplazar el término “estructura” por el más reciente de “escritura”). Lo que caracteriza a estos discursos es la total ausencia de trabajo científico. O, dicho de otra manera, se trata del consumo cultural ostentoso de una moda intelectual, más que de la producción de conocimiento⁸ o “apropiación práctica” en los términos elegidos en este artículo. Lo curioso o paradójico, agrega Verón, es que esta objeción puede ser trasladada a aquellos discursos que denuncian al estructuralismo como “orientación foránea” en nombre del Tercer Mundo o de la “cultura nacional”. Como puede verse, en este punto se operará la respuesta a cierto registro de objeciones “populistas”: en efecto, Verón sostiene que el “populista” es un contradiscurso que se mueve en el mismo plano de dependencia cultural que la “moda” estructuralista. Y agrega que uno de los modos predilectos en los que se ejerce la dominación cultural es a partir de la estimulación de la producción de discursos puramente “ideológicos” (es decir, desconectados de toda praxis de producción de conocimientos). Para ejemplificar esta situación Verón propone el trabajo de Amelia Podetti:

Pero algunos de los que han denunciado al “estructuralismo” como orientación foránea, en nombre del Tercer Mundo o de la “cultura nacional”, son tan cabalmente representantes de la situación de dependencia como los que siguen nerviosamente las sinuosidades de la moda [...] Para ilustrar este punto creo que bastará un ejemplo: un artículo sobre “La antropología estructural y el Tercer Mundo” firmado por Amelia Podetti. Me parece la evidencia misma de que el problema de la “cultura nacional” no se resuelve con actitudes voluntaristas: hay que hacerla; si existe será el resultado de un *trabajo*. Por eso es necesario preguntarse (y es sólo un ejemplo): *¿desde dónde* habla Amelia Podetti? (Verón, 1974b: 114)

Verón responderá: Podetti produce su discurso “en el vacío”, como lo prueba la ausencia en su texto de propuesta concreta alguna para producir esa cultura nacional de la que habla, así como de toda perspectiva alternativa para reemplazar a aquella que critica.

Agrega:

Que no haya una propuesta alternativa no debe sorprendernos: no se la podrá hallar en un nivel puramente especulativo que sólo accede (y por consecuencia, sólo ataca) las *consecuencias ideológicas* de una práctica (en este caso la antropología), cuyo ejercicio se niega, tal vez por largo y fatigoso. He aquí la imagen misma de la situación de dependencia: el científico “desarrollado” desenvuelve una práctica (que es en un nivel, por supuesto, necesariamente ideológica); el intelectual “subdesarrollado” juega apenas con sus consecuencias filosóficas (Verón, 1974b: 114).

⁸ Así lo presenta Verón en un artículo publicado a principios de 1970 en *Los Libros*. Agrega que “el ‘tiempo’ de la práctica científica es mucho más lento que el ‘tiempo’ de la expansión ideológica surgida a veces de aquella [...] Además del desfasaje temporal, debemos tener en cuenta otro, por decirlo así, “espacial”, en la medida en que nos interesa examinar la situación de un país económica y culturalmente dependiente, donde los discursos intelectuales suelen ser ‘importados’ a un medio en el que la práctica autónoma de las ciencias sociales existe en un grado mínimo”. (Verón, 1970: 16).

La respuesta de Verón, por lo menos hasta aquí, es bastante breve: se niega sencillamente a refutar las objeciones de Podetti porque considera que se trata de “apenas” una especulación filosófica en torno a las consecuencias de una práctica científica. Es decir, sostiene que no hay en el texto de Podetti un trabajo científico con el que debatir de igual a igual, sino tan sólo un objeto pasible de ser explicado en clave de crítica ideológica: se trata de un contradiscurso que se opone al fenómeno de la “moda” del estructuralismo, pero que comparte su lógica de funcionamiento, esto es, la ausencia de esfuerzo (metodológico y teórico) alguno con miras a producir conocimiento científico, por lo que reproduce, en última instancia, las formas de dominación cultural que declara combatir.

Vemos que la respuesta de Verón tiene un doble frente: por un lado, contesta a la acusación que ubica al estructuralismo como una suerte de colaborador del imperialismo cultural; a la vez señala que estas especulaciones “filosóficas” en torno a las consecuencias de la práctica científica del estructuralismo no conforman conocimiento. Es decir, Verón sugiere que quienes han ocupado los lugares al interior de la universidad luego del golpe del '66 *no producen conocimiento alguno*. En efecto, esto es lo que sostiene en un texto coetáneo dedicado a pensar los 25 años de la sociología en la Argentina. Allí caracteriza el grueso de la producción de las Cátedras Nacionales como un “anticientificismo de derecha” que intenta disolver la ciencia en la política “sin que se nos proporcione la más mínima indicación de la manera en que la acción política [...] generará una buena sociología, o una sociología mejor que la producida por el cientificismo” (Verón, 1974a: 76).

En este sentido, sostiene Verón, no se debe interpretar al “anticientificismo de derecha” como un discurso sobre las ciencias sociales, en tanto su objeto no es una ciencia o conjunto de ciencias, por el contrario “se trata de un discurso en función puramente política, que expresa los esfuerzos de ciertos grupos intelectuales por subirse al carro político del peronismo” (Verón, 1974a: 80). Las Cátedras Nacionales, entonces, no tienen interés alguno en la producción de conocimiento. Detrás de sus impugnaciones al “cientificismo” se esconde, según Verón, una disputa por el poder cultural con el fin de acumular poder político. La discusión de Podetti con el estructuralismo se inscribe en esta estela: Podetti no intenta producir conocimientos a partir de la fatigosa práctica de la ciencia social, sino que sencillamente busca impugnar esa práctica en defensa de valores políticos como el Tercer Mundo, el antiimperialismo, etc.

Por otro lado, en el segundo número de LENGUAjes —dedicado al cine— encontramos la respuesta a Solanas y Getino. En efecto, luego de artículos de corte académico de semiólogos como Metz, Baudry, Burch y Dana encontramos, sobre el final del número, la

sección “Balance y polémica. Las imágenes del imperialismo (II)”, reseña crítica firmada por Oscar Traversa. El objeto de la polémica, en este caso, es el libro de Solanas y Getino, *Cine cultura y descolonización*. Recordemos que en *La hora de los hornos* los autores de este libro habían hecho una crítica al Di Tella y a los experimentos modernizadores en general. Asociaban las actividades del Instituto con una frivolidad en última instancia cómplice de la violencia neocolonial. Las actividades modernizadoras (en donde claramente se inscriben las novedades teóricas del estructuralismo) eran presentadas como la faena propia de “intelectuales neocolonizados”, una figura caracterizada en el film en términos muy despectivos:

Copista, traductor, intérprete. Cuando más espectador, el intelectual neocolonizado será siempre empujado a no asumir su posibilidad creadora. Lejos de asimilar y transformar los mejores valores de otras culturas para construir la propia, renuncia a su capacidad de búsqueda y de invención. Crece entonces la inhibición, el desarraigo, la evasión, el cosmopolitismo cultural, los agobios metafísicos, la traición al país...
[01:05:00 – 01:06:03]

El libro de Solanas y Getino, y en especial el capítulo criticado en esta sección del número 2 de *LENGUAjes.*, “El cine como hecho político”, puede ubicarse en un tono ideológico similar al presente en *La hora de los hornos*. De hecho, la experiencia de producción y difusión de ese film es central en este ensayo (así como en otros textos incluidos en este libro). En efecto, en el capítulo mencionado, uno de los más extensos de *Cine, cultura y descolonización*, encontramos un análisis del vínculo entre cine y política que otra vez nos recuerda al tono presente en *La hora de los hornos*, visible por ejemplo en la clave conspirativa utilizada para caracterizar el vínculo de las clases dominantes con la cultura, cuyas instituciones buscan “esterilizar el cine como circunstancia política” (Solanas, Getino, 1973: 125)⁹. De hecho, según este análisis, la despoltización de la cultura es lo que caracteriza al desarrollismo (la ideología de las clases dominantes argentinas), algo que efectivizan en todos los ámbitos de la cultura: en la ciencia (en clara alusión a la “neutralidad valorativa”), en el arte (en donde parecen referirse a las vanguardias del Di Tella), y también en el cine. Obviamente, de lo que se trata, detrás de tal separación y esterilización, es de imponer una política concreta: la de las clases dominantes y proimperialistas. Ahora bien, frente a esta concepción burguesa-imperialista se alza un cine que los autores definen como propio, el *Tercer Cine*,

⁹ En líneas generales podemos decir que la ideología del texto recoge tópicos de cierto revisionismo (por ejemplo en las alusiones al “país falseado”) cruzado por elementos provenientes de la teoría de la dependencia. Se trata de un conjunto de nociones similares a las aparecidas en *La hora de los hornos* en donde la nota dominante la provee el *ethos* del antiimperialismo (de hecho, la lucha de clases queda relegada a un segundo plano, en todo caso lo que se señala con más fuerza es la idea de una oligarquía vendepatria —y en esto reencontramos otro elemento presente en el primer revisionismo). Obviamente, la filiación política más nítida la proporciona el peronismo, como lo testimonia el siguiente pasaje: “El cine militante en la Argentina ha nacido como parte integrante del mismo proceso de liberación nacional y social que a través de diversas expresiones sacude al continente y que en nuestro país se llama desde hace 25 años, peronismo” (Solanas, Getino, 1973: 140-141).

Un cine de destrucción y de construcción. Destrucción de la imagen que el neocolonialismo ha hecho de sí mismo y de nosotros. Construcción de una realidad palpitante y viva, rescate de la verdad nacional en cualquiera de sus expresiones (Solanas, Getino, 1973: 128).

Respecto de este cine, que aparece como proyecto íntimamente ligado a los procesos de liberación nacional, los autores desarrollan una serie de tópicos de gran amplitud: desde definiciones acerca de qué es y qué no “cine militante”, hasta instrucciones generales acerca del proceso de elaboración y difusión de un filme. Y es justamente en torno a algunas de las afirmaciones vertidas en el apartado dedicado a explicar aspectos de la elaboración-realización del filme donde se concentran las críticas de Traversa. En principio, lo que el semiólogo critica es la preceptiva según la cual, luego de establecer claramente los objetivos políticos buscados,

en el grupo realizador la expresión y el lenguaje surgirán sin demasiadas dificultades. Antes que una búsqueda forzada, lo serán de un *encuentro* natural. La forma que asuma el trabajo será, o podrá ser, la más perfecta, bella y convincente de todas las formas posibles (Solanas, Getino, 1973: 154).

Precisamente, lo que va a criticar Traversa es el carácter “natural” del lenguaje aquí en cuestión: “El lenguaje cinematográfico, ese modo de ‘decir’ del cine, no proviene de ninguna naturaleza o esencia que le sea propia, sino que se constituye en un proceso histórico” (Traversa, 1974: 124). Proceso histórico vinculado no sólo con el desarrollo técnico del aparato, sino también con los modos sociales de circulación y apropiación de sus resultados, que debe ser tenido en cuenta en una posición *auténticamente crítica*. Agrega que

si permanecemos atentos a este fenómeno, el “encuentro natural” postulado por Solanas y Getino más que revelar un proceso, lo oculta. Porque será ese el instante en que precisamente se pondrán en obra las pautas de selección y combinación de los llamados ‘recursos cinematográficos’, los cuales no son inocentes, sino que comportan la traza de su engendramiento (Traversa, 1974: 124).

La crítica apunta entonces, en primer lugar, a la naturalización de los procedimientos del lenguaje cinematográfico, que borra el proceso histórico que los produce y que alimenta, en última instancia, la “ilusión liberal” según la cual las formas son cajas vacías a ser llenadas por cualquier contenido (revolucionario, conservador, reformista, etc.). La crítica de Traversa parece decir, elípticamente, que el saber sobre los lenguajes, la semiótica, nos sirve para pensar aquello que nos determina más íntimamente: los lenguajes sociales, en este caso, los códigos cinematográficos. En ese sentido, es muy ilustrativo el modo en que parafrasea a Solanas y Getino:

en el grupo realizador la expresión y el lenguaje surgirán a través de dificultades, producto a su vez de la relación con un universo formal del cual debemos valernos, pero que también de alguna manera debemos negar. No constituirá entonces ese encuentro un hecho natural, sino histórico. La forma que asuma el trabajo surgirá del

intento de revelar qué se oculta detrás de lo reputado como bello y verdadero, desmontando los mecanismos a través de los cuales unos artificios se hacen pasar por realidades (Traversa, 1974: 125).

Esta idea de un artificio que ocupa el lugar de la realidad conecta el saber semiótico con la crítica ideológica, como veremos a propósito de alguno de los “mitos” presentes en el texto de Solanas y Getino, según la descripción de Traversa. El primero de ellos es la concepción según la cual el rasgo distintivo del cine es la persuasión, lo que lleva a los autores de *Cine, cultura y descolonización* a postular que un filme se justifica cuando logra un nivel de persuasión y concientización superiores a cualquier otro recurso. Sin embargo, sostiene Traversa, la persuasión como rasgo específico del cine es una idea propia del universo ideológico capitalista. Tiene que ver con los modos en que el cine circula y es consumido. Agrega Traversa:

Pero de allí a que podamos afirmar que pueda generar cambios en conductas sociales hay una gran distancia. El pensar lo contrario proviene del hecho de hacer propia una concepción no fundada: en otros términos, de aceptar un mito. Es precisamente la elusión de los procesos de producción y las condiciones de producción, en la reflexión sobre el cine, lo que permite la instalación de este mito. La generalización borra la historia y la transforma en naturaleza (Traversa, 1974: 131).

Traversa sostiene que el rasgo persuasivo que asume el cine, en especial bajo sus formas de explotación comercial, no nos permite extraer conclusiones acerca del *efecto* que tiene sobre las conductas sociales. Ese *mito* se instala, según Traversa, a partir de una reflexión que borra los procesos y las condiciones a partir de las cuales se produce efectivamente el cine.

Esta actitud de crítica ideológica, presente en la objeción a la naturalización del lenguaje cinematográfico, la reencontramos en la crítica al estatuto de la imagen presente en “El cine como hecho político”: sus autores sostienen que una imagen

es un dato de la realidad, una prueba que se define por sí misma y que no necesita el proceso intelectual de la lectura y que, además de su significado conceptual, penetra sensiblemente alcanzando un nivel de persuasión muy superior a la mayor parte de los restantes medios de comunicación (Solanas y Getino, 1973: 147)

Para Traversa, por el contrario, la imagen no elude proceso intelectual alguno, sino que propone una modalidad diferente de lectura, tan ligada al mundo de la cultura como cualquier otra forma de intelección:

Una toma cinematográfica cualquiera implica una negación, una fragmentación arbitraria realizada a voluntad por el operador: si aporta alguna información acerca de la realidad, se trata de una información manipulada por un operador que selecciona y toma de ella lo que considera significativo. Y que no realiza esta operación guiado por no sabemos qué principio de objetividad, sino desde su propia concepción del mundo [...] Vistos así la fotografía y, más allá, el cine son el producto de una condensación de fenómenos que anteponen sucesivos velos para una visión de la realidad “tal cual es” (Traversa, 1974: 134)

La tarea auténticamente crítica, descolonizadora, continúa Traversa, consiste en “desmitificar” esa impresión de realidad que se genera frente a la imagen fotográfica o cinematográfica. Concluye el articulista:

La tarea descolonizadora –entendemos– no se sitúa precisamente a nivel de la reificación de una tecnología generada en los grandes centros de poder económico. A la inversa, parte del acto descolonizador implica el señalamiento de los modos de acción de esa tecnología y de los modos en que se nos indica que debemos utilizarla. Más allá de creencias que se nos pretende imponer a través de ella y de sus productos (Traversa, 1974: 134-135).

Estos argumentos en clave de crítica ideológica pueden ser leídos como una respuesta indirecta a las objeciones presentes en *La hora de los hornos*. En efecto, no encontramos en el artículo un ataque directo al film, por el contrario, Traversa sostiene elogiosamente que se ubica “en el núcleo mismo de una fractura social y política [...] en el campo de lo nuevo y atenta contra un orden establecido” (Traversa, 1974: 122). Ahora bien, lo que sí se objeta con las reflexiones “mitológicas” de sus directores acerca de la producción filmica, presentes en *Cine, cultura y descolonización*. Traversa parece decir que no es lo mismo ejercer una práctica (como la cinematográfica) que reflexionar críticamente sobre ella: si bien el ejercicio de la práctica puede ser notable (como admiten respecto del film de Solanas y Getino), las representaciones acerca de ella son mitológicas y tienen mucho en común con las ideas coloniales que sus directores afirman combatir. En ese sentido, esta disputa con Solanas y Getino se configura como una defensa de la disciplina y del saber que los cineastas descalificaban en *La hora de los hornos*: son necesarios la semiótica y la crítica ideológica para poder pensar críticamente esa práctica. De lo contrario se recae en los “mitos” y en la naturalización del artificio.

El rechazo de los “mitos” y de la naturalización del lenguaje cinematográfico articula, como hemos señalado, el tono de crítica ideológica que atraviesa todo el texto de Traversa (y que sirve para justificar el valor de los saberes estructuralistas). Bajo esta misma lógica puede inscribirse la objeción más directamente política dirigida contra Solanas y Getino: su confianza, ingenua según Traversa, en el pueblo.

Recordemos que los autores de *Cine, cultura y descolonización* habían señalado la aparición de un “tercer cine”, en el que inscriben sus aportes estéticos, así como sus reflexiones. Dado que este “tercer cine”, aclaran, tiene una relación de discontinuidad con el cine que lo antecede (en tanto no existe una tradición sobre la que apoyar sus esfuerzos estético-políticos), “el cine de descolonización en la Argentina debió buscar esos aportes *en las ideas que el pueblo tiene sobre la cultura y que se expresan fundamentalmente a través de su propia práctica política*” (Solanas y Getino, 1973: 138). Traversa objeta esta descripción sobre los orígenes ideológicos del “tercer cine”. En principio señala que no está claro a qué se

refieren con “pueblo” y menos aún que encontremos allí ideas coherentes acerca de la cultura (y de una potencial oposición a las formas culturales dominantes). De hecho, lo que sugiere Traversa, desde una lógica claramente antipopulista, es que las ideas del pueblo en torno a la cultura son predominantemente conservadoras:

Si tales “ideas” existen, es difícil suponer que jueguen un rol de oposición a la cultura oficial; es precisamente ella la que ha sido y es correa de trasmisión de la opresión imperial y es su raigambre en amplios sectores oprimidos la que favorece la opresión imperial. Revolucionarios de los cuatro costados del mundo han señalado, poder en mano, las dificultades que provoca la persistencia de esos valores (Traversa, 1974: 132).

Además, agrega Traversa, más allá del carácter conservador o no de esas representaciones, no podemos extraer de ellas una explicación que muestre su vínculo con la actividad concreta de la producción cinematográfica:

nada nos dicen del periplo cumplido para descubrir las “ideas” del pueblo acerca de la cultura. De esas ideas a la mesa de montaje o a la selección de un encuadre hay, por otra parte, un camino seguramente; pero tampoco se habla de esto en *Cine, cultura y descolonización* (Traversa, 1973: 133).

Vemos que Traversa propone una discusión que tiene una estrategia muy similar a la utilizada por Verón en su discusión con Podetti y las Cátedras Nacionales: responde en primer lugar a las objeciones que ubican a la semiótica como un saber “colonial” con un argumento que, en clave de crítica ideológica, muestra las supervivencias ideológicas presentes en el discurso de los objetores. En segundo lugar, la exposición de ese argumento permite un despliegue de argumentos sofisticados que justifican el valor de la semiótica a la hora de producir un conocimiento que permita llevar a cabo una tarea “auténticamente descolonizadora”. En contraste, encontramos las representaciones pobres y “colonizadas” de los cineastas, que para colmo afirman nutrirse de las ideas del pueblo (en donde, afirma Traversa, no podremos encontrar conocimiento semiótico alguno).

Reflexiones finales

Las respuestas a las objeciones provenientes del campo “populista”, presentes en los textos de Verón y Traversa buscan mostrar en primer lugar el funcionamiento de una figura que contrasta claramente con la del “intelectual neocolonizado”: se trata, por el contrario, de intelectuales “teórico-críticos” que manifiestan en sus intervenciones el potencial cognoscitivo que los análisis estructuralistas poseen a la hora de pensar una política cultural. Dejan en claro que no se trata sencillamente de repetir o copiar modelos extranjeros (según la “moda” estructuralista que Verón describe), sino de instalar una praxis científica que pueda dar cuenta de los modos de producción social de la significación. Ahora bien, los autores de *LENGUAjes*. no se limitan sencillamente a

sostener esto, sino que además señalan la supervivencia de formas de dominación imperial en el discurso de sus objetores, en apariencia sumamente antiimperialistas. Por ejemplo, el vínculo de solidaridad entre etnología estructuralista e imperialismo, sostenido por Podetti, es contraargumentado a partir de una defensa de una praxis científica real (como la llevada a cabo por la etnología estructuralista), que supone un arduo trabajo, y que contrasta con la actitud meramente especulativa de algunos intelectuales del Tercer Mundo que, sin mediar práctica científica alguna, objetan las consecuencias ideológicas de esas prácticas. No sólo eso: de los argumentos de Verón se deduce que el texto de Podetti (así como el grueso de lo producido por las Cátedras Nacionales) no representa producción de conocimiento alguna: no hay allí una “apropiación práctica” de conceptos a los fines de analizar un objeto empírico o un problema teórico específico. Por el contrario, actividades como las de Podetti consagran, en última instancia, las formas de dominación existentes: el intelectual desarrollado lleva a cabo una práctica científica, el subdesarrollado se limita a especular sobre sus consecuencias ideológicas. Por otra parte, las reflexiones de Solanas y Getino (para quienes las novedades teóricas y estéticas constituían una frivolidad, como mostramos a propósito de *La hora de los hornos*) son respondidas en una clave de crítica ideológica, facilitada por la semiología estructuralista, que mostraba el funcionamiento pleno de ciertas supervivencias ideológicas del capitalismo imperialista diseminadas en sus escritos (por ejemplo sus concepciones en torno a la imagen, el lenguaje cinematográfico así como algunos rasgos característicos del cine, como la persuasión).

En ambos casos, la respuesta a las objeciones “populistas” está construida desde la convicción de poseer un metalenguaje más poderoso que el de los objetores. Dicho de otro modo, hay una gran confianza en la ciencia y en la razón: las modernas disciplinas del lenguaje no sólo nos permiten comprender la producción social de la significación, los funcionamientos operando detrás de los enunciados que construimos con los distintos lenguajes sociales, sino que además sirven para denunciar la persistencia de formas ideológicas pertenecientes al campo del enemigo, al campo capitalista e imperialista.

A esta altura, cabe una pregunta: ¿por qué tanta insistencia en defender el valor de la ciencia social? La respuesta parece encontrarse en el contexto: tal como señalamos, su valor estaba en debate luego del “experimento modernizador” llevado a cabo en la Universidad de Buenos Aires (entre otros ámbitos). En este sentido, los animadores de *LENGUajes*. logran elaborar una respuesta consistente y compatible, el menos en principio, con el clima del período (o al menos una parte de ese clima). Sin embargo, esa respuesta incluye elementos que exceden la mera defensa de una praxis científica autónoma. Más precisamente, en la respuesta y en las discusiones posteriores se explicita una disputa con un sector, el de las Cátedras Nacionales, que había ocupado los lugares

disponibles tras la intervención de la Facultad de Filosofía y Letras. En efecto, la virulencia del debate da cuenta de que lo que está en disputa no es sólo una concepción de los modos válidos de producir ciencia, sino espacios y recursos vitales para la reproducción de las prácticas de este grupo. Por último, interesa señalar que la respuesta de *LENGUAjes* construye un escenario en el que el estructuralismo y las nuevas disciplinas se ubicarían del lado de las prácticas científicas, mientras que el peronismo en sus manifestaciones intelectuales del lado de la “disolución imaginaria de la ciencia en la política”, como explícitamente sostiene Verón en uno de los textos citados. Paradójicamente, por esos años se edita *Literal (1973-1976)*, revista que puede (en razón de su biblioteca, su agenda y el vínculo entre colaboradores) pensarse como un vástago de *LENGUAjes*. Ahora bien, *Literal* lleva a cabo una serie de operaciones críticas que se podrían describir como una suerte de “estructuralismo peronista”, lo que desordena el escenario dispuesto por la revista de Verón. El análisis de esta nueva escena es una tarea pendiente.

Referencias bibliográficas

Fuentes

- LENGUAjes*. Revista de lingüística y semiología (1974-1980). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Traversa, O. (1974) "Cine: la ideología de la no-especificidad". En *LENGUAjes*, N°2. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lévi Strauss, C. (1962) *La pensée sauvage*. Paris: Plon.
- Verón, E. (1974a) *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento. 25 años de sociología en la argentina*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Verón, E. (1974b) "Acerca de la producción social del conocimiento: el 'estructuralismo' y la semiología en Argentina y Chile". En *LENGUAjes*, N°1, Buenos Aires.

Fuentes secundarias

- AAVV (1998) *Cultura y política en los años '60*. Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC.
- Denaday, J. P. (2013) "Amelia Podetti: una trayectoria olvidada de las Cátedras Nacionales". En *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [Online], Questions du temps présent, mis en ligne le 29 août 2013, consulté le 06 novembre 2017. URL: <http://nuevomundo.revues.org/65663>; DOI: 10.4000/nuevomundo.65663.
- Di Tella, T. (1980) "La sociología argentina en una Perspectiva de Veinte Años". En *Desarrollo económico*, 20 (79).
- Gilman, C. (2003) *Entre la pluma y el fusil*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sigal, S. (2002) [1991] *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI Solanas, F., Getino, O. (1973), *Cine, cultura y descolonización*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Suasnábar, C. (2004) *Universidad e intelectuales*. Buenos Aires: Manantial.
- Terán, O. (2013) [1991] *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires: Siglo XXI.